

January 1989

Concurso Inter-Universitario de Poesía y Cuento

Revista Universidad de La Salle

Universidad de La Salle, Bogotá, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Universidad de La Salle, R. (1989). Concurso Inter-Universitario de Poesía y Cuento. Revista de la Universidad de La Salle, (17), 203-211.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Concurso Inter-Universitario de Poesía y Cuento

Con motivo del día del Idioma, el Departamento de Lenguas Modernas de la Facultad de Ciencias de la Educación organizó el Concurso Inter-Universitario de Poesía y Cuento. Ofrecemos en esta entrega algunos de los trabajos premiados.

POESIA

Primer Puesto:

CONVERSION

Autor: YOLANDA FERRUZCA MORA
Estudiante I Semestre Depto. de Lenguas Modernas.
Universidad de La Salle.

Piano de mi infancia, cárcel musical.
Sol y Fa las claves, rejas de mi afán.
Beyer, Hanon, Czerny, Haydn, Mozart, Bach
Carceleros todos! Guardias son! Qué más?

Allegro non troppo, Andante Assai,
Vivace o Larghetto, todo me era igual.
Dibujaba entonces tonos son matiz,
Ritmos desganados, acordes sin mí.

Piano del presente, Compañero, Don!
Gramática en plicas, pintura en canción.
Vida en pentagramas, tu me hablas de Dios,
Me hablas de los hombres, voz que hablas sin voz.

Segundo Puesto:

JUEGO DE NIÑOS

Autor: CARLOS HORACIO JIMENEZ BARRERO
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia

Miran la travesía de la rutina
que cruza por la ventana
con el andar roído del tiempo.

En las tardes se cuentan el uno al otro
historias que ya nadie recuerda.

Ya cuando el sol se fatiga
se reúnen por azar
en la partida de los domingos
y apuestan a que nuevamente
volverán a ser felices.

Tercer Puesto:

ANGUSTIA

Autor: ARMANDO CASTELLANOS
Estudiante V Semestre Dpto. de Lenguas Modernas.
Universidad de La Salle

Luna llena, nocturna, celestial!
He visto a nuestras gentes trastornadas,
mostrarme su dolor de cuerpo frágil, hundidas
entre el fango trabajoso.

Las he visto amnésicas, rendirse
ante pérfidos recuerdos muy ausentes
y caminar extrañas, solitarias,
perdiendo toda fuerza acumulada.

Entre máquinas ruidosas las he visto
rugir como la bestia malherida,
sin control, sin curso ni objetivo.

Y yo, con esas gentes he vivido
manteniendo las dudas que me engañan,
cansado tras de luces muy lejanas,
salir del cauce como abundante río
y desbordar mis aguas excesivas
por los desérticos caminos.

Me he visto en el crucero inesperado
aguardando consuelos que resisten.
Desde ayer, las huellas imborrables
han visto en festín a mi extravío.

Tercer Puesto:

ORACION

Autor: PEDRO IGNACIO GALEANO
Estudiante Facultad de Bibliotecología
y Archivística. Universidad de La Salle

Señor...

Los sembrados están solos;
los hombres están en agonía,
el miedo ronda el sueño,
la tristeza vive cada día.

La tierra está muriendo
y el odio ha despertado;
el poder todos lo quieren,
el amor ya no es buscado.

En los campos mueren muchos
sin motivo y sin razón,
los matan, por ser ellos
inocentes, de humilde condición.

Señor...

Por qué tanta miseria?
por qué tanto dolor?
acaso son los hombres
animales de la creación?

No hay conciencia de derecho
ni respeto de opinión;
y si nos defendemos...
ofendemos la nación.

Qué será de nuestros hijos
en un mundo de terror?
cómo poder enseñarles
la justicia y el perdón?

Señor...

Quién causa tantas penas?
quién siembra la discordia?
quién deja tantas viudas...
tantos niños sin calor?

Algún día —qué hermoso—
nuestra patria podrá ser
sus anhelos solidarios
con el sol resplandecer.

Serán sus hombres justos,
rectos y de firme proceder;
sin ambición ni maldades...
ni deseos de poder.

Señor...

Que comprendan todos juntos
que esto se ha de lograr
con elevados ideales
de paz, armonía y amistad.

CUENTO

Primer Puesto:

“MIGAJAS”

Autor: CLAUDIA MARIA GUTIERREZ PAEZ
Estudiante Facultad de Comunicación Social.
Universidad de la Sabana.

Sobre las montañas, en el horizonte sabanero, el sol se ocultaba en el atardecer más bello que ojos humanos hubieran visto jamás. La esfera candente agonizaba en un fantástico despliegue de colores que se fundían en el firmamento.

Y más allá, los sauces llorones tocaban suavemente las aguas del riachuelo mientras una anciana lavaba ropa sobre una piedra en las orillas, acompañada del arrullador canto de una mirla.

Se oyó el llamado de una voz infantil, pero la anciana no alcanzó a percibirlo.

De repente, su labor se vio interrumpida por el alegre latido del perro de la casa. La anciana se volvió hacia el animal y lo acarició con ternura. En ese instante apareció la figura de la pequeña que le había llamado, quien se arrojó a sus brazos.

“¡Abuela! —exclamó feliz la criatura— “Estoy de regreso, abuela, y para quedarme contigo siempre!”.

Un gesto de inmensa alegría se dibujó en el rostro de la mujer; aquel rostro cansado, curtido por el sol, el tiempo, el trabajo, los sufrimientos...

La anciana abrazó fuertemente a su nieta, a quien no veía desde hacía dos años, luego recogió la ropa en un gran platón y se dirigió a su casucha de latón y madera en compañía de su nietecita y su perro.

La choza tenía las paredes un tanto oxidadas y la madera delataba la presencia de termitas, pero la anciana se esmeraba en mantenerla limpia. En su interior había una sola habitación, pequeña pero graciosa, con un viejo catre de madera y lona, una mesita llena de imágenes religiosas, un gran baúl y una que otra foto colgada en la pared.

Un tablón colocado estratégicamente a manera de biombo separaba la pieza del baño y la cocina; ésta era bastante estrecha, pero la mujer sabía arreglárselas para preparar la comida y acomodar las olletas sin complicarse la vida.

Salieron la abuela y su nieta a extender la ropa recién lavada y era de noche ya; la brisa nocturna hacía serpentear los ropajes que las dos sombras colgaban.

La anciana exclamó: “Hace frío, Susana. Sería mejor que regresaras adentro”.

—“No, abuelita, quiero ayudarte y acompañarte. Además tengo tantas cosas que contar... Puedo, sí? ¿Puedo?”.

—“Está bien, Susana, pásame los trapos y la frazada roja”. Y sin perder tiempo, Susana empezó a contar a su abuela todas las cosas sucedidas desde que su tía le había llevado a vivir con ella; fueron días duros, tristes, pero Susana jamás perdió la esperanza de volver con su abuelita.

Entraron las dos a la casa y Susana sacó de su maleta un pequeño bulto envuelto en papel periódico y lo entregó a su abuela.

—“Es un regalo; lo hice yo misma” —agregó la niña.

La abuela comenzó a desenvolverlo con gran cuidado, y con sorpresa notó que se trataba de una muñequita de trapo y lana. La abuela abrazó a su nieta con fruición y exclamó: “Veo que no te olvidaste de lo que te enseñé cuando aún eras muy pequeña; está muy hermosa, le pondré tu nombre. Además, te tengo una noticia: te enseñaré a tejer”.

La pequeña sonrió y se dirigió hacia su maleta de nuevo. Sacó su pijama y un saco grueso y se los puso.

La abuela estaba en la cocina, preparando un succulento chocolate. El aroma se extendió por toda la choza y salió por una de las ventanas, haciendo que el perro entrase.

Al rato, se sentaron abuela y nieta frente al brasero y comieron calladamente. De pronto, la anciana empezó a cabecear; la niña recogió los platos y le acompañó para que se acostara.

La anciana se quedó profundamente dormida en cuanto su cabeza tocó la amohada.

Silenciosamente, Susana salió de la casucha, y una vez afuera, caminó junto con la luna hasta llegar al río.

Se sentó en la piedra de lavar y empezó a observar el cielo. Veía tantas estrellas... todas tan hermosas, tan brillantes, tan inalcanzables... Se paró y se empinó y saltó y trató de alcanzar una, pero era inútil, no alcanzaba. Entonces trepó a uno de los viejos sauces que bordeaba el río e intentó de nuevo alcanzar una estrella. Era imposible.

Bajó del árbol y comenzó a correr hacia la choza. Hizo ruido para despertar a su abuela, pero la anciana siguió plácidamente dormida. Se acercó a ella y susurró su nombre al oído, la movió un poco, y nada. La zarandé y comenzó a gritar desesperadamente una y otra vez. La abuela no despertaría jamás.

Entonces, llena de tristeza, Susana regresó al río y se sentó de nuevo en la piedra de lavar. Muchas lágrimas bañaron su rostro y cayeron en sus manos.

Volvió a mirar el cielo en busca de sus queridas estrellas, pero esta vez sólo encontró un lucero pequeñísimo, que acompañaba a una gran luna azul.

—“¿Por qué?” —se preguntaba. “Era una mujer tan buena, y tenía que irse tan pronto, para jamás volver...”. Susana sufría a medida que pasaban los minutos, cuando de pronto sintió un resplandor enceguecedor que venía del cielo y la envolvía. No había ruido, sólo luz resplandeciente. Una tierna voz la llamó. Era la voz de su abuelita.

Susana levantó la mirada, y allí estaba ella, tendiéndole su mano cariñosa.

Susana tomó la mano de su abuela y subió junto con ella al cielo.

Todo quedó en calma.

De repente, un perro ladró lastimosamente y unas gotas de lluvia salpicaron el rostro de Susana. Se oyeron ruidos de automóviles que pasaban con gran rapidez. Susana sintió hambre y frío y abrió los ojos.

—“Me he quedado dormida”— pensó.

Se levantó y se dió cuenta que nada había pasado. Era otro día gris, tan gris como todos los que un niño de la calle tiene que enfrentar en la ciudad.

Susana tomó su tarro de pedir monedas y comenzó a caminar por las calles. Entonces se dio cuenta que dentro de su triste realidad también cabían unas migajas de fantasía.

Segundo Puesto:

CON LA LUZ DEL SIGUIENTE AMANECER

Autor: FERNANDO UMAÑA BERNAL
Estudiante Facultad de Comunicación Social.
Universidad de la Sabana

Llovía copiosamente. Tenía el índice derecho en el gatillo, sus pies buscaban acomodo en el lodo más firme para no resbalar, sus oídos estaban atentos al más mínimo de los sonidos, sus ojos atisbaban de lado a lado sedientos de ver entre el follaje alguna sombra para disparar, no podía sustraerse del frío montañoso y de vez en cuando exhalaba una bocanada de hielo diamantino. Llevaba apenas tres horas de vigilia y le restaban aún los segundos eternos del próximo pero lejano para sus ansias, amanecer.

Su tímida concentración era en ocasiones vencida por las imágenes del barrio de calles empedradas, de casas con paredes de adobe y tejas de greda colorada. Creía estar en una de esas casas, en esa de la esquina donde el pan se hacía y en la que una mañana veraniega saludó al mundo por primera vez. Creía estar jugando en los salones amplios, rodeado de los matices verdes de los prados y salpicado de los rayos del sol amigo; recordaba cómo se perdía en el laberinto de los zaguanes perfumados de rocío y alelíos, se veía cuando tenía pantalones cortos y tirantas de hebillas doradas, zapatos de charol y camisas de seda blanca; se veía cuando retozaba de alegría y sus mejillas tornaban al rojo de las manzanas de los huertos de su padre, hacía memoria de las tardes de lucha fragorosa cuando cobijado aún por la inocencia de los primeros años, jugaba con sus amigos al "Soldado libertado". Recordaba como creía estar en las más cruentas batallas y tener en su pistola de madera la más fastuosa y rápida arma de combate, aquella que tenía el proveedor en su garganta y disparaba ráfagas de balas silábicas por el cañón de sus labios, la que daba buena cuenta de sus pequeños enemigos cuando reforzaba sus falsos disparos con la palabra "muerto". Sonreía al verse entre evocaciones combatiendo. Con la cara tiznada de hollín del viejo horno, la ropa desordenada, sus tirantas como riatas y sus rizos castaños entrelazados con ramas verde intenso de malezas, dizque para camuflarse en los ardides del combate.

Se encontraba sumergido totalmente en los recuerdos, cuando sintió la pesadez de una mano sobre su hombro, reaccionó instantáneamente, abrió los ojos y volvió a sentir el prurito incontenible de disparar como cuando era niño.

—Tranquilo mi lanza, le dijo una voz metálica que venía del lado opuesto del cañón de su fusil. —Mire que sí mi comandante lo pilló dormido lo jode.

—No. Yo no estaba dormido hermano, respondió a media voz al tiempo que se llevaba ambas manos sobre su rostro. —Es que este frío lo emboba a uno.

—Mire hermano, más bien sabe qué, hagamos tinto porque sino aquí nos congelamos; no se ve un alma en esta maldita montaña.

Era la tercera noche consecutiva en que la tropa acampaba en los parajes paramosos de la Sierra de la Magdalena. Treinta y cinco hombres del Batallón Cisneros Nº 2 de Santa Marta tenían la misión de patrullar las zonas altas de la sierra, donde se presumía se había trasladado una facción guerrillera después del último ataque a un pueblo de la región.

Se temía en cualquier momento el primer disparo que iniciara la confrontación, se sabían en desventaja pues el enemigo conocía la montaña como la palma de su mano: la otrora próspera y pacífica Sierra de la Magdalena era ahora un reducto guerrillero y penetrar allí era una osadía.

Era también la primera noche como centinela para el soldado José del Carmen Rodríguez. Ahora el viento golpeaba sin piedad su rostro y clavaba puñaladas heladas en todo su cuerpo, el incesante golpeteo de la lluvia sobre todas las carpas del campamento llegaba a sus sentidos como el tic-tac simultáneo de millones de relojes; decidió entonces caminar un poco. Su compañero de guardia le entregó una taza colmada de café muy caliente. Lo bebió de unos cuantos sorbos —en otras circunstancias no hubiera podido hacerlo de ese modo— entre sorbo y sorbo pensaba por qué esos recuerdos de infancia habían venido a su mente, si se sentía feliz de estar donde estaba y de estar haciendo lo que estaba haciendo. No había motivo aparente para añorar tiempos que fueron buenos pero que simplemente ya habían pasado. José del Carmen Rodríguez tenía apenas 19 años de edad y cuatro meses de estar prestando el servicio militar obligatorio; lo de obligatorio en su caso podría omitirse, pues siempre había deseado ingresar al ejército y comenzar desde allí una carrera militar. Por su propia voluntad hacía parte de las fuerzas especializadas en lucha antiguerrillera, conocidas mejor como Nuevos Lanceros.

El alba trajo con el trinar de los pájaros un mejor clima. El cielo se había despejado completamente y los cálidos rayos del sol buscaban adentrarse por entre la espesura de la montaña. El campamento se recogió a eso de las siete de la mañana. El comandante impartió órdenes a sus hombres y éstos se dividieron

en dos grupos, uno iría en la avanzada y el otro vigilaría la retaguardia. Ese día se haría una labor de inspección sobre el costado nororiental de la montaña. Se sabía con certeza la hora de comenzar la jornada pero nunca la hora de acabarla; los grupos marchaban a una distancia de unos treinta metros entre sí, se procuraba no hacer más ruido del necesario y caminar a un solo ritmo; José del Carmen, iba en el primer grupo. A medida que el día avanzaba el calor se hacía mayor, el camino más pesado, los mosquitos se daban su festín en las humanidades de los soldados y a cada paso éstos eran presa de la sed, lo que hacía que con mayor frecuencia recurrieran a las cantimploras. El calor insoportable obligó a los caminantes a parar, se hizo un alto de unos veinte minutos. Repusieron fuerzas con los alimentos y de nuevo emprendieron la marcha; la noche apuntaba ya y no había encontrado un solo indicio que les diera pistas sobre el paradero de los guerrilleros. Con esta misma rutina pasaron varios días, al ver que estas inspecciones no arrojaban nada positivo y ante la premura del tiempo y la escasez de las provisiones, se decidió abortar la misión, se regresaría a la base de la Magdalena en el caserío de Santo Tomás. El retorno se haría con la primera luz del siguiente amanecer.

José del Carmen empezó a preparar su mensaje a eso de las siete de la noche. El ambiente encerraba algo que lo hacía denso y premonitorio, el silencio pareció dominar las bocas de los soldados y se escuchaban sólo unas pocas palabras tras intervalos cada vez más crecientes de tiempo. Con la misma devoción de siempre José del Carmen sacó de un bolsillo de su tula la imagen del Sagrado Corazón, la apoyó en una piedra, encendió una vela y al resplandor de su llama oró por cerca de cinco minutos. Luego se recostó, no tenía sueño, cruzó sus manos encima de su pecho y su mirada pareció traspasar el gris del techo de la carpa. Tenía algo en qué pensar pero no sabía qué, temía cerrar sus ojos y no sabía por qué. De pronto al unísono se escucharon el estruendo de tres detonaciones y el tableteo ensordecedor de por lo menos cien armas; el ataque que se temía, había llegado. José del Carmen tomó su fusil, salió de la carpa y se atrincheró tras una roca. Desde allí disparaba, disparaba sin cesar al tiempo que era alentado por sus compañeros con gritos de libertad y soberanía. El intercambio de disparos se prolongó por cerca de cuatro horas al cabo de las cuales los mejores dividendos los obtuvieron los insurgentes, el comando antiguerrilla Nuevos Lanceros fue muerto en su totalidad. La información que se dio a la prensa y a la opinión daba cuenta de solo cinco bajas en las fuerzas militares y veinte en los guerrilleros.

El cadáver de José del Carmen Rodríguez nunca fue hallado y quizás ahora descansa bajo la espesura de una patria, dentro de otra patria que aún no tiene dueño.